

Serie
POPULAR

EDICIONES
2
BUSTAGNE



ULTIMATUM a la TIERRA

Michael RENNIE-Patricia NEAL-Hugh MARLOWE

Ultimatum a la Tierra

Intrigante asunto de extraordinario éxito, según argumento
de HARRY BATES y guión de EDMUND H. NORTH

PRODUCTOR:

JULIAN BLAUSTEIN

DIRECTOR:

ROBERT WISE

Intérpretes: Michael Rennie, Patricia Neal, Hugh Marlowe, Sam Jaffe, Billy Gray,
Frances Bavier, Lock Martin, Drew Pearson

Es un film TWENTIETH CENTURY FOX
Distribuido por HISPANO FOXFILM S. A. E.

BALMES, 114 - BARCELONA

EDICIONES BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - BARCELONA

ULTIMATUM A LA TIERRA

(Argumento de la película)

Las estaciones de radar fueron las primeras en tener indicios de su presencia y avisaron al punto al Estado Mayor. Los miembros de éste observaron su avance en un planisferio cuadrículado. Era imposible negarlo: ¡aquello era extraordinario! Inmediatamente se pusieron en contacto con su gobierno.

—Localizamos un aparato a setenta mil metros de altura, velocidad seis mil quinientos kilómetros por hora...

Las emisoras de radio se apresuraron a comunicar la noticia, algo innecesariamente, porque todos los pueblos advertían su paso: India, minutos después Francia, segundos más tarde Inglaterra... Y, por fin, se supo que la "cosa" volaba sobre el Atlántico, en dirección de la costa oriental de los Estados Unidos.

Se ignoraba tanto la procedencia como la naturaleza del extraño objeto, que surcaba el espacio a una velocidad supersónica.

En Wáshington, según los locutores, la normalidad era completa. Pero en cuanto apareció sobre ella el vehículo interplanetario, la gente corrió asusta-

da, especialmente la que ocupaba un parque, en donde el aparato fué a aterrizar.

En seguida, un enjambre de coches de la policía, camiones del ejército, tanques y motoristas se personó en el jardín público, acordonándolo, hasta formar un verdadero muro de acero. Los soldados y los policías aprestaron sus armas, mientras que los curiosos, vencido su primer movimiento de desbandada, se aproximaban cautelosamente al formidable cinturón humano.

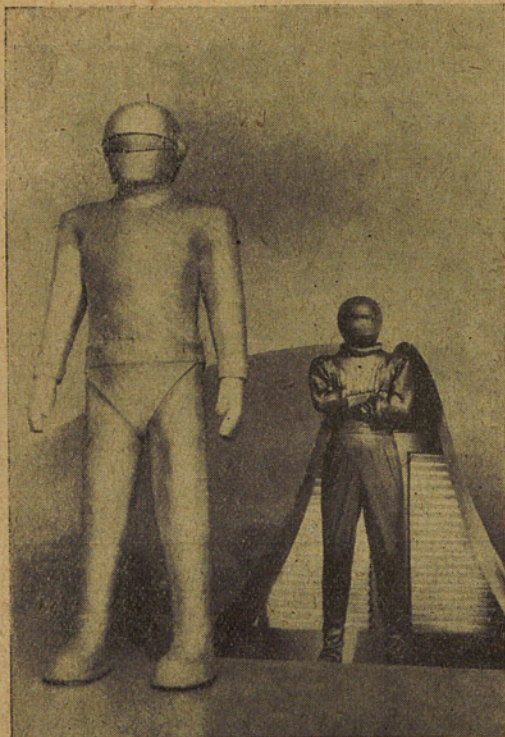
El Ejército estaba apercebido para cualquier contingencia.

Todas las miradas y los ojos se dirigían a la nave aérea. Así transcurrieron dos horas. La tensión comenzaba a ser insoportable. Por último...

El compacto "platillo" pareció escindir-se. Una rampa surgió de su pulida superficie, y luego se abrió una compuerta. Los espectadores y fuerzas armadas tragarón saliva con dificultad, con los ojos desorbitados.

Un ser enorme, un autómatas, atravesó la compuerta, seguido de un individuo alto, cubierto por un casco de cristal. Este se adelantó hasta el borde de la rampa y levantó un brazo.

—¡Venimos a visitaros en son de paz



...Un ser enorme, un autómeta, atravesó la compuerta...



...el desconocido se desplomó, herido en el hombro...

y con buena voluntad! — anunció con voz resonante, en perfecto inglés.

Dicho esto, saltó al suelo y avanzó hacia las filas de soldados, sin arredrarse ante los cañones que le apuntaban. De pronto, con un gesto rápido, extrajo con la mano izquierda un extraño objeto de su bolsillo, que alargó hacia el jefe de las fuerzas.

Un tanquista apretó el gatillo de su pistola y el desconocido se desplomó, herido en el hombro, estremeciéndose en el suelo.

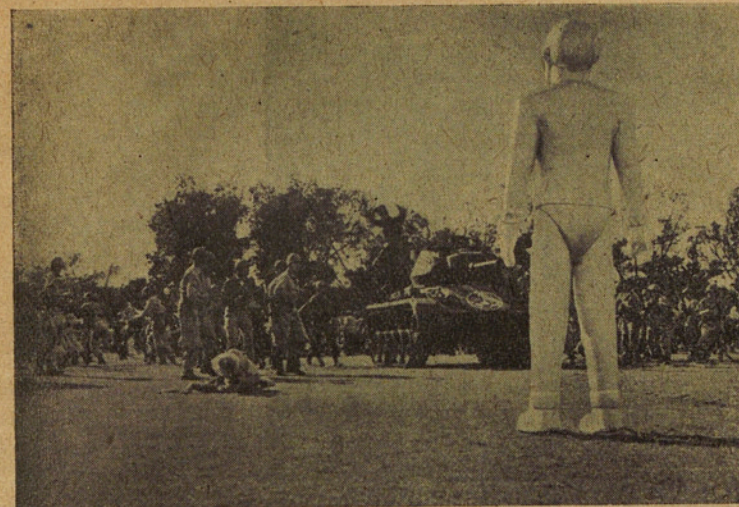
Sonó un aullido de espanto. El colosal autómeta, lenta, casi majestuosamente, se aproximó a los espectadores. Los presentes incluso los soldados, retrocedieron.

El "robot", al estar junto al hombre planetario, se detuvo. La visera que formaba parte de su cabeza se levantó. Se vio vibrar fosforescencia en el interior y, de improviso, un rayo casi sólido chocó certero contra el fusil de un soldado, después contra el de otro; luego se descargó sobre un tanque y un cañón...

El resultado fué el mismo en todos los casos: la madera y el acero quedaron convertidos en un montón informe. El autómeta los había desintegrado.

—Gort! ¡Deglet ovrosco! — gritó imperioso el desconocido, incorporándose sobre un codo.

Al punto el "robot" se aquietó. La vi-



...incluso los soldados, retrocedieron...

sera se cerró. Y todos los pechos exhalaban un suspiro de alivio.

El desconocido, con el hombro manchado de sangre, se levantó y dijo a un coronel, señalando al objeto que había sacado y que se había roto al caer:

—Era un regalo para vuestro presidente. Con él hubiese podido estudiar la vida en los otros planetas...

No le permitieron hablar más. Llegó una ambulancia y le introdujeron en ella, mientras el autómeta se acercaba a la aeronave, como para montar guardia, cosa innecesaria porque la superficie se cerró herméticamente, sin que se distinguiese la menor huella del sitio por donde había salido la rampa.

Harley, secretario del presidente, visitaba horas después al desconocido. Se presentó y quiso saber su nombre.

—Klaatu nada más — le contestó el personaje.

Su rostro era ascético y sus ojos, burlescos, no traslucían que la herida le causase la más mínima molestia. Escuchó risueño las excusas presentadas por Harley sobre el percance ocurrido y le mandó que tomara asiento.

Respondiendo a las preguntas del secretario, dijo que su viaje había durado unos cinco meses, cubriendo cerca de cuatrocientos millones de kilómetros, y a continuación aludió a la razón de su visita. Harley se declaró dispuesto a oírla.

—No se trata de un asunto personal, señor Harley —le advirtió Klaatu—. Afecta a todos los habitantes de su planeta. Yo quiero entrevistarme con representantes de todas las naciones de la Tierra.

—Me parece que eso va a ser un poco difícil —repuso Harley—. Nuestro mundo, en estos momentos, está siempre en tensión y lleno de recelo. La situación internacional actual hace que semejante reunión sea un verdadero imposible.

—A mí no me interesan, señor Harley, los asuntos internos de su planeta —objetó Klaatu—. Mi misión no es solventar sus rencillas. Yo no quiero recurrir a amenazas. Le digo, sencillamente, que va en ello la existencia de su planeta.

Harley prometió hacer cuanto pudiera y se retiró, muy preocupado.

Entretanto, en el parque en que había aterrizado el aparato, había una nube de personas. Unos eran operadores de televisión, transmitiendo noticias sobre el terreno —"el gigantesco autómeta seguía sin moverse"—, y, otros, ingenieros y expertos que hacían pruebas tanto en el cuerpo del "robot" como en el aparato.

Un general, que acababa de descender de un "jeep", se adelantó hasta un militar que trabajaba con un soplete.

—¿Se consigue algo, sargento? — indagó.

—No, señor. Esto puede más que yo.



—Yo quiero entrevistarme con representantes de todas las naciones...

Yo vi abrirse un lado y salir la rampa. Y ahora no se ve ni una ranura.

El general se encaró con un oficial.

—¡Hola, Carlson! ¿Qué me dice usted?

—No hubo suerte, mi general —respondió el preguntado—. Hemos probado con todo, desde el soplete al perforador de diamante. Es el material más duro que he visto. Por su dureza y resistencia, parece cosa de otro mundo.

El general rió sin gana.

—Puedo decirles, oficialmente, que de otro mundo viene.

II

A la tarde siguiente, un grupo de médicos examinaba una radiografía hecha a Klaatu. De ésta, y del detallado reconocimiento a que le habían sometido, se colegía que su constitución orgánica era la corriente en la Tierra.

—¿Qué edad le calcula usted? — preguntó uno de los doctores a otro.

—Yo diría que unos treinta y cinco, treinta y ocho.

—Esta mañana me lo dijo mientras le reconocía. Tiene setenta y ocho. El promedio de la vida en su planeta, asegura, son ciento treinta.

En aquel instante salió otro médico de la habitación de Klaatu. Llevaba un tubito en la mano, que contemplaba como atontado.

—Ayer extirpé una bala del hombro

de ese hombre —anunció—. Acabo de examinar la herida y está completamente curada.

—¿Y qué dice él acerca de ello?

—Que se puso no sé qué pomada, un ungüento que trajo consigo.

La aparición del señor Harley cortó la conversación de los facultativos. Con un leve saludo, penetró en el cuarto de Klaatu, que ya había abandonado la cama.

—Me alegra de verle levantado y sano de nuevo — dijo el secretario.

—Gracias. ¿Tiene ya noticias? — quiso saber Klaatu.

Harley hizo un mueca de contrariedad. Las respuestas obtenidas a la proposición no eran buenas. Los jefes de gobierno del mundo, por motivos de prestigio o de simple política, se negaban a aceptar la invitación del presidente de los Estados Unidos. El secretario insinuó la conveniencia de que Klaatu se entrevistara con su superior jerárquico.

—Me impacienta la estupidez —exclamó Klaatu con dureza—. Mi pueblo ya aprendió a vivir sin ella.

—Me temo que el mío aún no lo haya aprendido.

Klaatu meditó unos instantes y luego dijo:

—Antes de tomar ninguna decisión, creo que convendría que yo viviese un poco entre el pueblo para familiarizarme con las causas de actitudes tan irrazonables.

Harley carraspeó apurado.

—Dadas las circunstancias, me temo que eso sea imposible —explicó con suavidad—. He de rogarle que no intente salir del hospital. Las autoridades militares insistieron mucho en ello.

Harley se fué. Klaatu percibió un ruido en la puerta. Le cerraban por fuera. Con una leve sonrisa, se encogió de hombros...

De noche cerrada, el policía militar de servicio y una enfermera entraron en la habitación de Klaatu para servirle la cena. La estancia estaba vacía. El policía, mascullando una maldición, registró el lavabo, tras lo cual se lanzó como una exhalación hacia el cuerpo de guardia.

—¡Mi capitán! —jadeó—. ¡El hombre del espacio se ha evadido!

—¿Qué? —se sobresaltó el oficial—. ¡Dé la alarma en seguida!

Minutos después, los soldados corrían sin tino. Los periódicos de la noche publicaron un número extraordinario narrando la fuga y la radio procuraba tranquilizar a la población, añadiendo aclaraciones.

No tiene tres metros de alto, como se ha dicho, ni tentáculos en lugar de brazos. No puede negarse que un monstruo está en libertad y que nos enfrentamos con fuerzas fuera de nuestro conocimiento y de nuestro alcance. Se recomienda a todo el mundo que tome las precauciones normales, y que no pierda la calma, mientras esperamos el desarrollo de los acontecimientos.

Por una apacible calle, bordeada de árboles, caminaba un hombre con una maleta. Se paró a la luz de una farola y examinó el papel prendido en una de las mangas de su traje. Llevaba el nombre del comandante Carpenter, quien se lo había hecho lavar en el hospital.

Para una persona como Klaatu no tenían mayor importancia los apellidos. El de Carpenter serviría para la ocasión.

En la acera de enfrente vió un letrero anunciando una casa de huéspedes. Klaatu cruzó la calzada y subió los escalones que llevaban a la puerta del edificio.

En el interior, vociferaba y funcionaba un aparato televisivo, en el que gesticulaba un individuo, que, si quería infundir calma a sus conciudadanos, lo único que conseguía era aumentar su alarma, al describir el lujo de precauciones adoptado por el Gobierno, la policía y el ejército.

Bobby, el simpático hijo de Helen Benson, una hermosa y joven viuda, fué quien descubrió a Klaatu en el vestíbulo y lanzó un grito de susto.

—¡Eh! ¿Quién es ése?

Todos los huéspedes se levantaron de un brinco, atemorizados, con los nervios de punta, volviéndose hacia el recién llegado, que permanecía en la sombra. Alguien cerró el aparato televisivo y en la estancia reinó un silencio inquietante.

III

La señora Crockett, la práctica y poco imaginativa dueña de la casa, fué la primera en reaccionar. Encendió una luz, cuyos rayos iluminaron las facciones ascéticas y sensitivas de Klaatu. Sin saber por qué, al verle, todos recobraron la sangre fría.

—¿Qué desea usted? — preguntó la señora Crockett.

—Me llamo Carpenter. Quería alquilar una habitación.

—¿Pertenece usted al F. B. I.? — intervino Bobby.

Su madre le regañó, mientras Klaatu negaba pertenecer al famoso cuerpo policiaco. La señora Crockett hizo las presentaciones, después de lo cual anunció al recién llegado que tenía una habitación vacante.

Helen, tras mirar largamente a Klaatu, se llevó a dormir a Bobby, cuya fantasía se había desbocado, haciendo las más disparatadas conjeturas acerca de la personalidad del nuevo huésped.

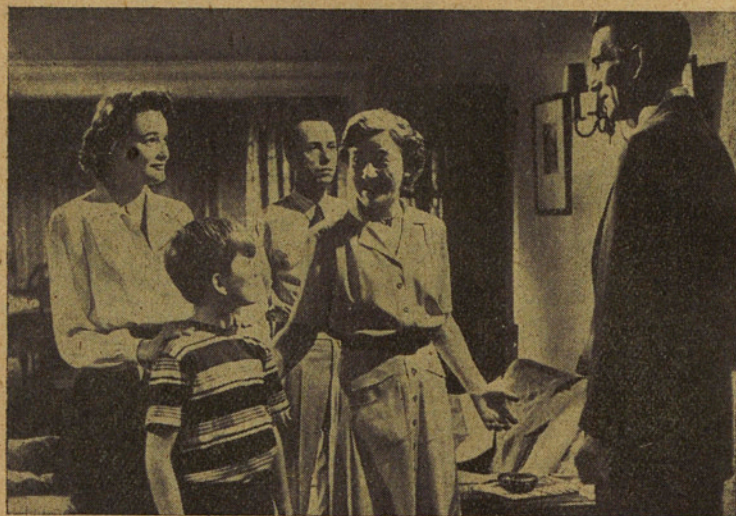
—Viene usted de muy lejos. ¿verdad, señor Carpenter? — exclamó la señora Crockett.

—¿Cómo lo sabe usted? — preguntó Klaatu, poniéndose tenso.

—Conozco muy bien ese acento de Nueva Inglaterra.

Pasaron un par de días. Klaatu ya era considerado como un miembro más de la casa de huéspedes. Sólo Helen, como hubo de fijarse el hombre del espacio, le observaba a veces de un modo raro, como ponderando quién era.

El domingo por la mañana, durante el desayuno, la radio continuaba esparciendo infundios y sembrando la inquietud en el ánimo de sus oyentes, entre los que se contaban los inquilinos de la señora Crockett. Una mano impaciente cortó el parloteo alarmista.



—¿Pertenece usted al F.B.I.? — intervino Bobby.

—Con respecto a ese hombre del espacio o lo que sea —intervino Helen al oír unos comentarios sin sentido—, nosotros automáticamente pensamos que es un enemigo. Puede que no lo sea.

—Entonces, ¿por qué se esconde? ¿Por qué no sale y se presenta?

—A lo mejor tiene miedo. Lo cierto es que, cuando salió, le hirieron. Yo misma no sé lo que haría —murmuró Helen, pidiendo con la mirada el parecer de Klaatu.

—Quizá, antes de tomar ninguna decisión —dijo el hombre del espacio—, quisiera saber algo más de estas gentes, orientarse un poco en este ambiente, algo extraño.

Estas palabras desencadenaron una discusión. La cortó la entrada de un hombre joven y vigoroso. Helen salió a su encuentro y le besó. Era Tom Stevens, su prometido, con quien iba a ir de excursión. Pero había el problema de qué harían con Bobby.

—Yo pasaré todo el día con él, con mucho gusto, si usted me lo permite —se brindó Klaatu.

—¡Hombre! Eso estaría muy bien —aprobó Tom con calor.

Helen presentó a ambos hombres, mientras fijaba una de sus raras y largas miradas en Klaatu. Pero acabó por aprovechar el ofrecimiento.

Bobby fué con su nuevo amigo al cementerio nacional, en donde visitaron la

tumba del padre del chiquillo, muerto en la segunda guerra mundial. Se sorprendió de que Klaatu no hubiese oído hablar de aquel cementerio.

—Usted no sabe casi nada de muchas cosas, ¿verdad, señor Carpenter?

—Es que he estado fuera mucho tiempo. Muy lejos.

—¿Y es distinto el sitio de donde usted viene? ¿No hay cementerios?

—Los hay, claro, pero no como éste. Es que allí no hay guerras.

—¡Eso sí que está bien! —aprobó Bobby.

Klaatu le acarició la cabeza y cambió de conversación.

—¿Qué te gustaría hacer esta tarde?

—Ir al cine.

—Conforme.

Pero entonces, Klaatu recordó que no tenía dinero. Bobby le confesó que poseía dos dólares.

—No. Quiero invitarte yo —dijo Klaatu—. ¿Crees tú que admitirían esto?

Los ojos de Bobby se desorbitaron al verle sacar un puñado de diamantes.

—Esos valen por lo menos un millón de dólares.

Klaatu le explicó que, en ciertos sitios, se utilizaban como moneda, porque eran fáciles de llevar y no sufrían desgaste. Después, le propuso entregarle dos a cambio de otros tantos dólares.

—De acuerdo. Pero no le diga usted

nada de esto a mamá. Ella no quiere que engañe a nadie.

Klaatu sonrió y fueron a visitar el monumento a Lincoln. La vista de la estatua del gran hombre le sugirió una idea. Preguntó al chiquillo quién era el pensador más importante de la Tierra.

—El profesor Barnhardt —contestó Bobby, tras reflexionar—. Es el hombre de ciencia más famoso de todo el mundo.

—¿Vive aquí, en Washington?

—Cerca de donde trabaja mamá.

—¿Y dónde es eso?

Bobby le dió las señas y, a petición suya, fueron a ver la nave del espacio. Los curiosos se agolpaban alrededor de la cuerda tendida para contenerlos. Una nube de fotógrafos y periodistas se movía cerca de la aeronave y del autómata. Un repórter de la radio interrogaba a los presentes.

Las contestaciones que el hombre del espacio ofreció a las preguntas de Bobby sobre el funcionamiento del "platillo" arrancaron carcajadas a los circunstantes. El repórter radiofónico se acercó a Klaatu.

—¿Quiere decirnos unas palabras, caballero? Supongo que estará usted tan asustado como nosotros.

—De modo distinto, quizá —respondió Klaatu—. Yo me asusto cuando veo que el pueblo sustituye la razón por el miedo. Justamente, me gustaría...

Pero el reportero, con unas palabras de excusa, se alejó sin escucharle. Al marcharse del parque, Klaatu indicó al chiquillo su deseo de entrevistarse con el profesor Barnhardt.

—Lo dice usted de broma, ¿verdad?

—¿Es que no te gustaría verle?

—Pues claro que sí, pero hasta usted mismo se asustaría.

—A lo mejor le asustamos nosotros más.

Bobby se cogió afectuosamente de su brazo y exclamó:

—Me agrada usted, señor Carpenter. Es usted un tipo muy gracioso.

Pero se quedaron chasqueados. El profesor no estaba en casa; nadie respondió a sus llamadas. Klaatu, sin inmutarse, empujó el balcón del estudio del sabio y penetró en él.

Una gran pizarra, llena de cifras y de fórmulas, atrajo las miradas de Klaatu. Meneó la cabeza con compasión; cogió tiza, señalando los puntos equivocados, y agregó al final: "Resuelva por diferenciación".

—¿Qué hacen ustedes aquí? —preguntó, horrorizada, una voz.

Era una mujer, la secretaria del profesor, aterrada del sacrilegio. Gritó indignada que su jefe llevaba muchas semanas intentando resolver aquel problema. Klaatu repuso con acento apaciguador:

—Ahora lo resolverá en un momento.



—¿Quiere decirnos unas palabras, caballero?

—¿Cómo han entrado aquí? ¿Qué quiere usted?

—Hemos venido a ver al profesor Barnhardt.

—Pues no está y no volverá hasta la noche. De modo que harán ustedes el favor de marcharse.

Klaatu garrapateó su apellido postizo y sus señas en un papel, que ofreció a la secretaria con el ruego de que lo entregase al sabio. Al ir a salir, notó que la bien intencionada mujer se disponía a hacer desaparecer de la pizarra las huellas de su intromisión.

—Yo, en su lugar, no lo borraría — le aconsejó sonriendo—. Al profesor le hace mucha falta.

Su apostura tenía algo que obligó a la secretaria a obedecer sin chistar.

IV

El coche de la policía frenó delante de la casa de huéspedes. Se apeó de él un hombre corpulento, que instantes después preguntaba a Bobby por el señor Carpenter. Klaatu acudió inmediatamente.

—¡Ah! Supongo que el profesor Barnhardt me anda buscando — exclamó, al reparar en la insignia que el detective le mostraba.

—Yo le he estado buscando a usted toda la tarde.

Helen, después de despedirse de Tom, entró en la casa, saludando a los reunidos en el recibidor.

—No sé cómo darle las gracias... — dijo a Klaatu, pero siempre con su aire de reserva.

—Disfruté mucho con su compañía — repuso el hombre del espacio.

—Debemos irnos ya, señor Carpenter — le advirtió el detective.

Se marchó con Klaatu. Helen y Bobby subieron a sus habitaciones.

—¿Por qué habrá tenido que ir el señor Carpenter con el señor Brady? — exclamó el chiquillo.

—No sé. Puede ser que sea una equivocación... — contestó Helen, a quien no había pasado por alto el cargo de Brady.

Cuando Bobby le contó que habían estado en casa del profesor, la joven viuda se sintió preocupada. El tal Carpenter resultaba muy sospechoso, pero no se podía negar que era un hombre de extraño atractivo...

La morada de Barnhardt estaba ocupada por la policía militar, que llevó al punto a Klaatu a la presencia del sabio. Una vez quedaron a solas el sabio y el hombre del espacio, el primero señaló a la pizarra.

—¿Fué usted quien escribió esto?

—Un modo algo extraño de presentarme — sonrió Klaatu—. Creí que a estas horas ya tendría usted resuelto el problema.

—Aun no — confesó el profesor—. Por eso justamente quería verle.

El hombre del espacio le expuso en pocas palabras el medio de dilucidar la incógnita. Barnhardt, muy excitado, se encaró con él.

—¿Ha comprobado usted esta teoría?

—Es lo suficientemente buena para hacer que me desplace de un planeta a otro — repuso Klaatu.

El profesor le miró con intensidad. Había entendido. Abrió la puerta, despidiendo a la policía militar que montaba guardia.

—Tiene usted fe, profesor Barnhardt — comentó Klaatu, que había lanzado un suspiro de alivio.

—No es la fe lo que más nos ayuda en la ciencia, sino la curiosidad. Hay miles de preguntas que quisiera hacerle a usted.

—Yo quisiera explicar algo de la misión que me trae — indicó Klaatu—. Hemos sabido que la Tierra ha descubierto una forma rudimentaria de energía atómica y que están ustedes haciendo experimentos con proyectiles-cohetes. Mientras ustedes se limitaron a luchar entre sí, nosotros no tuvimos por qué preocuparnos. Pero pronto alguna de las naciones de la Tierra aplicará la energía atómica a las naves interplanetarias. Eso va a originar una amenaza para la paz y la seguridad de otros planetas. Y, naturalmente, no podemos tolerarlo.

El profesor atendía con todos sus sentidos, en espera de que su visitante continuase hablando.

—He venido a advertirles que, desencadenando un peligro, su propio planeta corre un riesgo muy grave — prosiguió Klaatu con voz resonante—. Vengo dispuesto, sin embargo, a ofrecer una solución. Lo que tengo que decir ha de ser dicho ante todos los interesados. He venido a usted como último recurso, y le confieso que mi paciencia se va agotando.



—Hay miles de preguntas que quisiera hacerle a usted.

do. ¿He de emprender alguna acción enérgica para lograr que me oigan? ¿Arrasar por completo a Nueva York, por ejemplo?

El profesor se estremeció ante la magnitud de la amenaza. Insinuó la conveniencia de que Klaatu hablase ante un grupo de hombres de ciencia, filántropos y pensadores de todo el mundo, y su interlocutor aceptó.

—Otra cosa, señor Klaatu. Supongamos que este grupo rechaza sus proposiciones. ¿Qué alternativa queda?

—Me temo que no quede alternativa. En tal caso, el planeta Tierra tendría que ser eliminado.

El profesor se asustó.

—Los que van a concurrir a la reunión deberían venir convencidos de ello — declaró—. Deben comprender la gravedad de la situación. Habló usted de una demostración de fuerza. ¿Sería posible tal demostración antes de la reunión?

—Eso se puede hacer fácilmente.

—Pero no quiero que se haga daño a nadie ni se destruya nada.

—¿Por qué no lo deja de mi cuenta? — indagó Klaatu, disponiéndose a marcharse—. Yo pensaré algo.

Al día siguiente, la radio proclamaba la noticia de que el profesor había convocado a los hombres más famosos del mundo para estudiar conjuntamente los últimos acontecimientos. En la salita de la casa de huéspedes conversaban He-

len y Klaatu. El tema de su charla era, naturalmente, Bobby.

—Señor Carpenter, desde luego no es cosa mía, pero ¿a qué vino aquí anoche aquel hombre? — preguntó Helen de pronto.

—Querían hacerme unas preguntas — respondió Klaatu sin vacilar—. Bobby y yo intentamos ver al profesor Barnhardt y no estaba. Por lo visto, pensaron que yo iba en busca de secretos.

Helen iba a darle gracias por su franqueza, cuando lo estorbó la entrada de Tom, quien se extrañó al no encontrarla preparada.

—Es que estaba hablando con el señor Carpenter — se excusó Helen.

—Bueno, espero que el señor Carpenter no se enfade por mi intrusión — gritó, celoso, Tom.

Klaatu oyó involuntariamente su frase al pasar por delante de ellos para ir a su habitación. Helen, después de regañar a Tom por su exabrupto, subió al cuarto de Bobby, que resolvía sus problemas con la ayuda de Klaatu. Este se retiró al ver a la viuda.

La joven metió al niño en la cama y se fué. Minutos después, Bobby saltaba del lecho para jugar con su ferrocarril eléctrico. Klaatu le encontró entretenido con el juguete.

—Bobby, ¿tienes una linterna?

El chiquillo buscó lo pedido en un cajón y le explicó cómo se manejaba.

—Ya te contaré otro día una cosa de otro tren, que no necesita vías — prometió Klaatu al retirarse.

—¿De verdad? — se asombró Bobby. La promesa le dejó inquieto. Oyó andar a alguien por el pasillo. Era Klaatu. Sin reflexionar, el chiquillo le siguió. Cruzaron varias calles hasta el parque en que reposaba la nave interplanetaria.

Bobby vió que Klaatu se deslizaba hasta la valla y enfocaba la linterna sobre el "robot", pronunciando unas palabras raras; y luego, con gran espanto, descubrió que el autómatas se acercaba a los centinelas y los derribaba como si fueran muñecos.

Hecho esto, el coloso montó guardia. La nave semejó esconderse y el hombre del espacio entró en ella por la rampa. En el interior había una luz amortiguada. Un gesto ante unos ojos electrónicos movió una puerta y Klaatu se halló en la sala de mandos. Encendió la luz de un cuadrante, lo fijó y habló en su idioma incomprensible por un micrófono...

Cuando Helen y Tom regresaron a la casa encontraron a Bobby levantado. El chiquillo, a sus amonestaciones, protestó:

—No podía dormir, mamá. Tenía que contártelo.

En pocas palabras expuso lo que había presenciado en el parque. Helen consultó a Tom con la mirada y dijo con voz suave:

—Todo eso ha sido una pesadilla. Verás, te lo vamos a demostrar. Tom, ¿quieres rogarle al señor Carpenter que baje un momento?

Pero Tom encontró la habitación de Klaatu vacía. El hecho le extrañó en sí, pero le sorprendió más aún descubrir en el suelo un grueso diamante. Descendió al vestíbulo y enseñó el hallazgo a Helen.

—¿Es legítimo? — inquirió la joven.

—A mí me lo parece — contestó Tom, guardándoselo en el bolsillo.

—Es que el señor Carpenter tiene muchos — intervino Bobby—. A mí me dió un par de ellos. Exactamente no fué dar. Yo le di dos dólares.

—Todo esto es absurdo — gritó Tom—. Yo creo que ese individuo es un bandido. Quizá convendría llamar a...

—Por esta noche, ya ha habido bastantes aventuras para Bobby y para mí — interrumpió Helen, que sentía el prurito de proteger al sospechoso; y agregó al fijarse en el calzado de su hijo: Bobby, tienes los pies mojados.

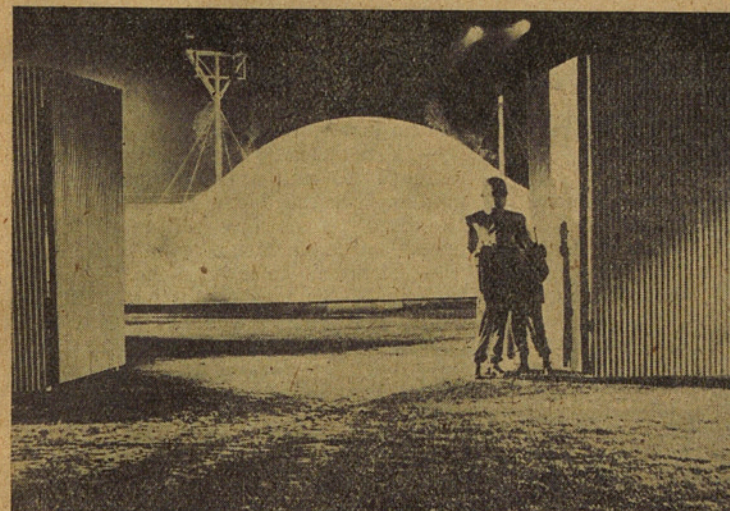
—Sí, la hierba del parque estaba húmeda — respondió el chiquillo.

Aquello les convenció de que no había soñado.

V

Helen se disponía a salir de su oficina, cuando casi tropezó con Klaatu.

—¿Puedo hablar con usted un momento? — rogó a la joven.



...el coloso montó guardia...

—Ahora me disponía a almorzar.

En aquel momento sonó el timbre del teléfono. Tom la llamaba desde una joyería para invitarla a comer juntos. Se citaron para la tarde. Luego echó a andar con Klaatu por el pasillo.

—Hablé con Bobby esta mañana antes de que se fuese a la escuela — anunció el hombre del espacio—. Me gustaría saber qué es lo que le dijo a usted anoche.

Sin saber por qué, el corazón de He-

len latió apresuradamente. Antes de responder, le hizo entrar en un ascensor vacío.

—La verdad, no le hice mucho caso — soslayó la joven—. Bobby tiene una imaginación tan viva...

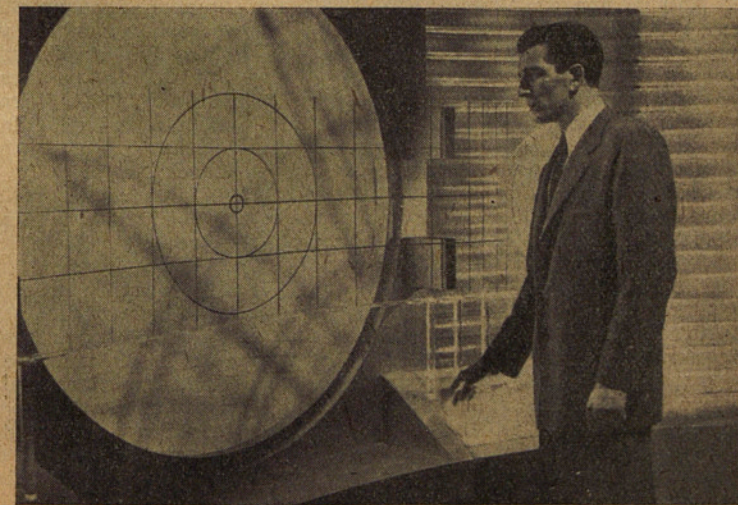
—Antes de rogar a usted que sea sincera conmigo, quizá debo serlo yo totalmente con usted.

El ascensor se detuvo. Klaatu preguntó qué hora era. Las doce.

—Estaremos así un ratito, una media



...enfocaba la linterna sobre el "robot", pronunciando unas palabras raras...



Klaatu se halló en la sala de mandos.

hora —aseguró a Helen—. La electricidad ha quedado neutralizada en todo el mundo.

La joven le contempló con los ojos dilatados.

—Entonces, Bobby dijo la verdad, ¿no es eso?

—Sí.

No sólo se habían apagado las luces de las casas, sino la fuerza eléctrica de las fábricas, tanto en los Estados Unidos, Francia, Rusia e Inglaterra, como en los rincones más apartados del mundo, se había interrumpido. Incluso las calles se hallaban llenas de vehículos inmovilizados. El pánico cundía.

El profesor Barnhardt, al notificarle su secretaria lo sucedido, aprobó la idea de Klaatu y luego se informó de si se había avisado a las personas que debían acudir a la reunión de aquella noche, obteniendo una respuesta afirmativa. Klaatu llegaría a las ocho y media.

Tom, en una joyería, había sometido el diamante, encontrado en la habitación de Klaatu, al juicio de un experto.

—No hay diamantes como éste en ningún lugar del mundo —dictaminó el joyero—. ¿Quiere usted venderlo?

—No, gracias —contestó Tom, secamente, guardándose la gema.

Ya sabía lo que le interesaba.

El fluído eléctrico volvió a ponerse en marcha en el preciso instante en que Klaatu concluía su confesión. Salió con Helen del ascensor, indicándole que pasaría la tarde en casa con Bobby, la única persona que sabía quien era. La joven profirió una exclamación.

—¡Tom!... Estaba conmigo anoche, cuando Bobby me dijo lo que había visto.

Afirmó que se entrevistaría con su pretendiente para asegurarse de su silencio. Pero Tom no se hallaba en su oficina.

Mientras tanto, en el Pentágono varios jefes militares habían tomado disposiciones para capturar de una vez para siempre a Klaatu. El autómatas había sido encerrado en una caja de material plástico más duro que el acero. En cuanto al hombre del espacio, había de ser capturado... vivo, en el mejor de los casos.

Tom, en su despacho, ordenó a la telefonista que llamara al Pentágono. Helen compareció en el instante en que aguardaba la comunicación.

—Tengo unas noticias formidables

acerca de tu amigo el señor Carpenter —gritó, excitado, Tom—. Es el hombre del espacio.

—Está bien, Tom. Es cierto —confesó Helen—. Pero tienes que prometerme que no dirás ni una palabra a nadie.

—¿Estás loca? ¿Después de lo ocurrido hoy? Es una amenaza para todo el mundo. Nuestro deber es entregarle.

—Pero ¡si no hay tal amenaza! El mismo me lo ha dicho.

—¡El mismo te lo ha dicho! —se burló Tom—. No seas tonta, nena. Es que tú le has tomado aprecio. ¿No te das cuenta de lo que eso significaría para nosotros? Me darían una gran recompensa. Sería el hombre más famoso del país.

Vibró el timbre del teléfono y Tom lo empuñó mirando a Helen con desafío.

—No sabes lo que estás haciendo —gimió la joven—. No se trata de una diferencia entre el señor Carpenter y tú. Se trata de los intereses del mundo entero.

—A mí no me interesa el resto del mundo —replicó Tom—. Espera y verás. Te vas a casar con un gran héroe.

—No me voy a casar con nadie —chilló Helen desesperada.

Se marchó dando un portazo, sin hacer caso de los gritos de Tom, quien, un momento después, comunicaba a un general las señas de Klaatu.

VI

Mientras el Ejército desplegaba sus fuerzas según un plan preconcebido, sin escatimar hombres y armamentos, y enviaba un destacamento a la casa de huéspedes, Helen se apeaba de un taxi frente a la misma y reaparecía un segundo después en compañía de Klaatu.

Este, así que el vehículo se puso en marcha, dijo:

—Seguramente Barnhardt podrá tenerme en su casa hasta que se celebre la reunión.

—¿Dónde se va a celebrar? —indagó Helen, con los nervios tirantes.

—En la nave.

Cuando los soldados llegaron a la morada de Klaatu, éste había desaparecido. Un niño informó al coronel de que su presa había tomado un taxi, dirigiéndose por una calle determinada. Instantáneamente, el oficial dió aviso, ordenando que se vigilaran todas las travesías y se



—A mí no me interesa el resto del mundo.

siguiera a un coche amarillo, ocupado por un hombre y una mujer.

Pronto fué reconocido el taxi. Los camiones y tanques comenzaron a cerrar, lenta y seguramente, la red. Los perseguidos se hubieron de dar cuenta de la vigilancia a que los sometían. Por último, el acoso se trocó en una persecución descarada.

Helen apoyó impulsivamente una mano en el brazo de Klaatu.

—Ya falta muy poco para la casa de Barnhardt.

—Me preocupa mucho Gort —dijo Klaatu—. Temo lo que pueda hacer si me ocurre algo.

—¿Gort? Pero ¡si es un autómatas! —exclamó Helen—. Sin usted, ¿qué puede hacer?

—Muchísimas cosas —contestó Klaatu gravemente—. Puede destruir la Tierra. Si a mí me ocurre algo, vaya en seguida a buscar a Gort. Tiene usted que decir estas palabras: "Klaatu barada nikto". Por favor, repítalo.

Helen obedeció al ruego. Los soldados



...el Ejército desplegaba sus fuerzas según un plan preconcebido...

—No. Ese poder se lo reserva el Espíritu Supremo. Esta técnica, en determinados casos, puede devolver la vida por un período limitado de tiempo.

—Pero ¿de qué duración? — preguntó Helen con ansiedad.

—¿Quiere usted decir que cuánto voy a vivir? Eso nadie puede decirlo — contestó Klaatu, como si la cuestión careciera de importancia.

El profesor Barnhardt anunciaba a sus colegas la necesidad en que estaban de retirarse por orden del Ejército, cuando se corrió la rampa de la aeronave y se abrió la compuerta. El sabio saltó al suelo como si le hubieran pinchado. Un momento más tarde comparecía Gort, seguido de Klaatu y de Helen.

La joven descendió del aparato, mientras se alzaba un rumor de voces, casi un grito, que proclamaba el desconcierto y el asombro de todos. Los soldados no supieron, no se atrevieron a hacer nada. Aprovechando el silencio, Klaatu rompió a hablar.

—Os voy a dejar muy pronto y habréis de perdonar mi rudeza — anunció, y prosiguió sin más preámbulos—: El Universo se va haciendo más pequeño cada día y no se puede tolerar la amenaza de agresión por parte de ningún grupo. Esto no significa que hayamos de renunciar a nuestras libertades, salvo a la libertad de actuar de modo irresponsable.

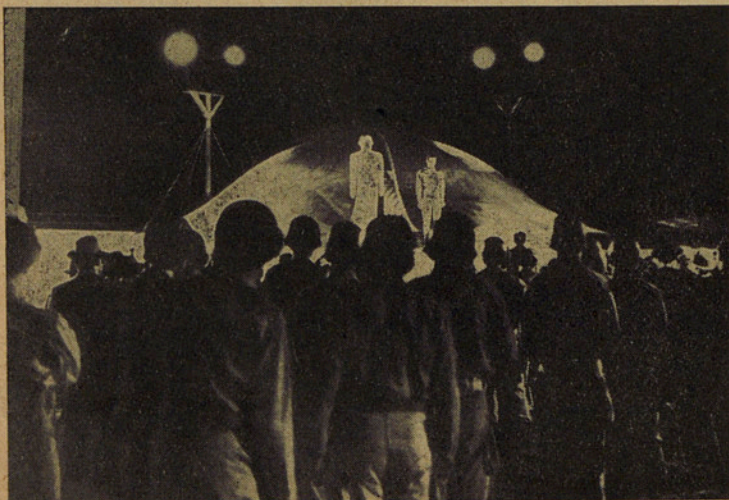
"Vuestros antepasados sabían esto muy bien, cuando instituyeron leyes para gobernarse a sí mismos, y al propio tiempo designaron policías para obligar a su cumplimiento. Nosotros, los de otros planetas, hemos aceptado también tal principio. Tenemos una organización para la defensa y protección mutua de todos los planetas, y para la eliminación completa de la agresión. Como policía, hemos creado una raza de autómatas. En caso de agresión, les hemos concedido poder absoluto sobre nosotros, poder que no puede renovarse. El castigo por provocar una agresión es tan terrible que nadie se arriesga a ello. Como resultado vivimos en paz.

"No pretendemos haber logrado la perfección. La elección es bien simple: uníos a nosotros y vivid en paz, o continuad en vuestra ceguera actual y pereceréis. Nosotros esperaremos vuestra respuesta. La decisión la tenéis que tomar vosotros."

Acabado su mensaje, Klaatu hizo un gesto de saludo destinado a Helen y entró en la aeronave con Gort. Se cerró la portezuela y desapareció la rampa. Al zumbir los motores, los espectadores recularon precipitadamente.

El "platillo" se elevó, se elevó a una velocidad milagrosa, hasta perderse entre las estrellas.

F I N



...uníos a nosotros
y vivid en paz.



EDICIONES BISTAGNE
(FRANCISCO-MARIO BISTAGNE)
PASAJE DE LA PAZ, 10 BIS
B A R C E L O N A

